

El arte como política de lo real

Malena Teijeiro

En el año 2007 una diversidad de sucesos confluyó en la plaza 9 de Julio de la ciudad de Posadas. Pocas veces la misma fue tan real. Protesta de agricultores, reclamos de empleados a la empresa *Yacyretá*, tractorazo cultural con músicos y actores, saxofonistas, representante de los derechos humanos, familias de agricultores, público, policías, fotógrafos, periodistas, indigente y su madre homeless, jóvenes, niños, oficio de misa de rutina...máquinas, tractores, camiones y carros atravesados por océanos a la manera de inmigrantes huyendo de situaciones de guerra. Un micro universo global y singular. Cada uno de estas problemáticas era un fragmento o una partícula de los fenómenos que vemos a nivel mundial generados desde las estrategias para la globalización.

En mayo de este año presento la obra “La Plaza” en el museo histórico y antropológico Andrés Guacurarí de la ciudad de Posadas (1). La obra, que recrea esta diversidad, es atravesada por varios ejes; nuestra funcionalidad como espectadores de lo cotidiano, la constante exclusión que no decrece, el fenómeno de la desregulación, nuestra tendencia a la desechabilidad. A esto se agrega la inmovilidad como efecto de la lógica del control y la desmaterialización como destino de la humanidad.

El mundo es cada vez más una fábrica de espectadores, indiferentes y negadores de realidad. ¿Cómo se consigue esto? A través de la televisión que se apropia de nuestra conciencia, reduce nuestro pensamiento y nos vuelve adictos a ella; una venta de hiperrealidad hace que no registremos la propia. Lo más común es creer que, como espectadores de las injusticias sociales, no estamos en el lugar de los que hacen daño, ni de los que lo sufren, pero no es así, por omisión o por comisión estamos en el lugar de los primeros. Con las autopistas de la información y las confesiones públicas el yo no sabía no está en sintonía con la época. Paul Virilio analiza cómo las antiguas formas de las sociedades de control agonizan ante las nuevas formas; el hombre endeudado, los juegos televisivos, el miedo y el pánico, toman las conciencias, oponen a los individuos entre ellos y atraviesa a cada uno, dividiéndolo en sí mismo. Ya somos vagabundos, homeless, que no tenemos hogar por más que tengamos un techo. La “democracia de la emoción” opera con la lógica concentracionaria de la claustrópolis y una vigilancia global a través de las tecnologías(2).

Había en la plaza un hombre con su madre homeless. Con anterioridad hubo una familia en la vereda del banco hipotecario, frente a la misma plaza, que se volvió transparente. En lugares remotos se expulsan cada vez más personas que van a parar a campamentos de refugiados porque otros países no los quieren recibir. Los conflictos armados y la pobreza se refuerzan mutuamente. El tema del juego del programa televisivo gran hermano es la exclusión y la pretensión es la de acostumbrarnos a ese paisaje.

La situación de los agricultores es un resultado de la desregulación. El “nuevo desorden mundial” de la desregulación genera la sensación de que todo puede pasar y que al mundo no lo controla nadie. Estamos ante el aumento de la precariedad de la condición

humana y la desechabilidad de las personas. La plaza estaba llena de desechos como el mundo y sus residuos tecnológicos y nucleares. Por otro lado las maquinarias arruinadas anunciaban nuestro propio deterioro y el modo de ser más probable de la condición humana actual.

La inmovilidad de las máquinas y de las personas construía una mirada desde y hacia nuestro propio centro, que nos ponía en situación desacostumbrada. A la inversa, en nuestra vida cotidiana, caracterizada por la inmovilidad de nuestro eje físico ante las pantallas, lo que se mueve son las imágenes de luz que eligen que veamos. Sumado a esta vida de claustro y sedentarismo, nos monitorean y somos monitoreados. “Mañana el Ministerio del Miedo dominará, desde lo alto de sus satélites y de sus antenas parabólicas, al Ministerio de Guerra ya caído en desuso... Hoy es muy difícil ocultar información, pero igual de difícil es que una revelación de información provoque un “despertar” de las conciencias(3).

Para nosotros espectadores, no había porque registrar esa congregación de tractores, carros, cosechadoras, etc.; nada había para consumir. No había porqué bailar esa pesadilla de piezas gastadas amarradas a la vida con sogas y con bolsas, con lonas o telas imitando la existencia. No estábamos preparados para ver esa gente territorial dando saltos cuánticos, surfeando rutas y haciendo reales eventos virtuales. Imponentes, insistentes, escandalosos, claros y oscuros, como viejos reyes con la dignidad y el reino saqueados, con las esperanzas oxidadas y no desaparecidas totalmente bajo el aluvión. En esta modernidad líquida y acelerada, donde lo único sólido que encontramos es una tabla de surf, esas maquinarias pesadas generaban un vértigo inesperado(4).

El proceso de la obra

Una especie de pudor me impedía ingresar a la plaza. Me debatía entre el cómo no ignorar y cómo no invadir, el tema de la apropiación de la imagen y el de la pertenencia de la imagen no estaban ausentes tampoco. ¿A quién pertenece, en realidad, la fotografía, a la persona que la saca o a la que aparece en ella? Dos años estuvieron en reposo. En el año 2009 comencé pintando lienzos y a posteriori trabajé digitalmente las fotos con la técnica del montaje. A medida que iba revisándolas, surgían imágenes pertenecientes a épocas anteriores, épocas en que hipotecamos la historia con deudas sociales que no están totalmente reparadas y devienen cada tanto.

El video es un documental de lo que presencié, con un marco autoreferencial, trabajado con efectos de celeridad para connotar la velocidad y el vértigo de las turbulencias en contraste con el tiempo presente de los niños y de los artistas, similar al que yo experimenté cuando me interné en ese micro universo singular. La música es un loops que consiste en la repetición constante de sonidos; los aborígenes ya los usaban para hipnotizar con el fin de elevarse a un tiempo sagrado. El mecanismo de la repetición libera una gran descarga de energía pero también produce una profunda molestia, obsesión o angustia. No es para despertar...

No hay nada nuevo en esas imágenes. Es más de lo mismo. Las guerras son inconcebibles, el desalojo también. El pasado vuelve cada tanto; las imágenes remiten a otras imágenes. En “La Plaza” vemos videografía, fotomontaje digital y

pinturacalificada como arte pop. No hay historia, solo historias, dicen. Hay historietas? Sirven para desdramatizar, para connotar la cultura iconográfica y para blanquear (blanco y negro) el trabajo ignorado y el trabajo desmedido, justificado.

Malena Tejeiro: Diseñadora Gráfica (ISPARM) y Licenciada en Arte Digital (USAL). Asistió a cursos de la investigación en la Facultad de Bellas Artes (Univ. Granada) y de El Pensamiento complejo de la Cátedra de Edgar Marin (USAL - UNESCO). En el año 2002 expone M.M. Memory Mail en el Museo Lucas Braulio Areco. En 2011 expone la Plata en el Museo Histórico y Arqueológico Andrés Guacurari.

- Publicado en la revista *Fri(x)iones -entre el psicoanálisis y la cultura-*. Nº1. 2011.

Notas

(1) “El lema del Consejo Internacional de Museos ICOM, este año, es ‘Museos y memoria’ invitando a los museos a rescatar la memoria de los pueblos, a ser partícipes del rescate de la identidad y de los relatos que nos constituyen y que constituyen nuestra historia”.

(2) Paul Virilio, *Ville panique*.

(3) Paul Virilio, *Ville panique*.

(4) Marchamos hacia la desmaterialización. El cuerpo es memoria dicen algunos filósofos. Lo único sólido con lo que contamos en esta modernidad líquida es con una tabla de surfear. Para bucear en aguas profundas es necesario contar con muchos más elementos que una simple tabla.